

La lógica del funcionamiento de la Universidad y el capitalismo cognitivo

Artículo recibido el 13 de abril y aceptado el 8 de junio de 2016.

Sofía Guadalupe Corral Soto
Univ. Autónoma de Ciudad Juárez (México)

RESUMEN

A raíz de la reconsideración de los escritos de Marx sobre el avance del conocimiento convertido en la tecnología puesta al servicio de la producción económica, han surgido algunos estudios sobre los cambios en el trabajo relacionados con el conocimiento como principal generador de riqueza en el capitalismo actual. A esta reciente caracterización de los modos de producción se le ha denominado capitalismo cognitivo. El texto que aquí se presenta se apoya en esta denominación para describir la lógica del funcionamiento de las universidades, sujetas a mutaciones relevantes en sus formas de producción, trabajo, intercambio y valoración del conocimiento. Como propuesta crítica, se muestra la contradicción prevaleciente entre la necesidad de las instituciones por incursionar en la llamada economía del conocimiento y su relativa incapacidad para rentabilizar cada actividad de docencia e investigación.

PALABRAS CLAVE: Universidad; Conocimiento; Trabajo; Capitalismo cognitivo.

ABSTRACT

The logic of the University and cognitive capitalism

Following the review of the writings of Marx about the advancement of knowledge materialized in technology at the service of economic production, some studies have emerged about changes in work related to knowledge as the main generator of wealth in current capitalism. This recent characterization of the modes of production has been called cognitive capitalism. This text is based on this name to describe the logic of operating in the universities, subject to significant changes in their forms of production, work, knowledge exchange and valuation. As critical proposal, we show the prevailing contradiction between the need for institutions to venture into the knowledge economy and its relative inability to capitalize every activity of teaching and research.

KEYWORDS: University; Knowledge; Work; Cognitive Capitalism.

Introducción

Los escritos elaborados por Marx entre 1857 y 1858, particularmente los cuadernos VI y VII de los *Grundrisse*, referidos a las máquinas (Marx, 2011, pp. 216-230), se han convertido en documentos clave para comprender el giro que han dado los estudios sobre el capitalismo hacia la dimensión cognitiva. Si bien el conocimiento siempre ha estado presente en la producción econó-

mica, el cambio efectuado en la actualidad se justifica porque con la gran industria "la creación de la riqueza efectiva se vuelve menos dependiente del tiempo de trabajo y del cuanto de trabajo empleados que del poder de los agentes durante el tiempo de trabajo" (Marx, 2011, p. 227).

Prosiguiendo esa huella, la corriente denominada como capitalismo cognitivo ha situado al conocimiento como el principal generador de capital. El conocimiento por lo

tanto se considera, en esta orientación teórica, como tiempo de trabajo socialmente invertido en la producción bajo diferentes formas: como cúmulo de información expresada en distintos formatos, como cooperación-red de trabajo y, sobre todo, como ingenio materializado u objetivado en tecnología. En definitiva, se concibe al conocimiento, tanto en su dimensión activa como sustantiva, como una forma más de trabajo.

Por su parte, las universidades como centros de investigación y educación en los que se presupone la generación, apropiación y aplicación del conocimiento, no podrían permanecer ajenas a estos cambios, sobre todo si se considerara que el conocimiento ahí producido contiene una real o potencial productividad y por lo tanto una manifiesta generación de riqueza. Es decir, que los productos generados en estas instituciones derivan en un incremento económico reflejado en el bienestar social o en el desarrollo empresarial. Sin embargo, en este punto prevalece una contradicción que José Carlos Bermejo (2015) ha analizado y que se basa en la incompatibilidad entre la excesiva generación de *papers*, proyectos de investigación y cursos académicos de todo tipo (que aparentemente son una expresión tácita del conocimiento) y su real improductividad económica, además de su evidente improductividad teórica, en no pocos casos.

Como mercancías fetichizadas, fantasmáticas, los *papers* y sus símiles universitarios esconden el carácter social del trabajo, o dicho de otro modo, las relaciones sociales de producción que inherentes a ellas son ocultadas en una valoración/igualación en el intercambio. La equiparación de las producciones universitarias actualmente se ha vuelto necesaria en el campo académico y científico, en el cual se disuelven las diferencias entre la evaluación-dictaminación por un lado y la valoración-determinación salarial de los docentes investigadores por otro, ya que, dependiendo del nivel alcanzado en la primera, podrá influirse favorable o desfavorablemente en la segunda. La evaluación estandarizada de productos disímiles se asienta en una cadena histórico-social de estimaciones. La determinación del salario o de cualquier tasación comercial, en

consecuencia, es una abstracción imposible de descifrar. Del mismo modo, es imposible realizar estimaciones precisas, puesto que el valor es incapaz de abarcar al objeto, del mismo modo que la palabra no alcanza a contener lo nombrado. En un sistema que delira en la cuantificación y que depende de ella, se produce una nueva paradoja: por una parte, la inminente necesidad de calcular todo lo producido en las universidades, y por otra, la imposibilidad de determinar objetivamente un rasero fidedigno.

A continuación se abordan algunas argumentaciones que plantean las categorías analíticas más generales y fundamentales del capitalismo cognitivo, relacionándolas con las nuevas formas de gestión del conocimiento dentro de lo que podría tildarse de "capitalismo académico", como abordé pormenorizadamente en mi tesis doctoral (Corral Soto, 2015).

Capitalismo cognitivo o el conocimiento como fuente de riqueza

El término *weightless economy* es uno de tantos modos de llamar a lo que se presume como una nueva economía del conocimiento. No es raro encontrar términos para referirse a él como la dimensión inmaterial, intangible o cognitiva de la actividad humana, incluso como una dimensión inconsciente. El conocimiento en cualquier caso y bajo cualquiera de sus descripciones (como intelecto, ideología, información, virtuosismo, actividad neuronal, *savoir-faire*, disposición, talento, formación académica, creatividad, ingenio, etc.) sigue representando un problema teórico cuando de términos económicos se trata y en la medida en que se intenta convertirlo en un producto intercambiable y comercializable.

Se ha denominado capitalismo cognitivo a una nueva forma de configuración de la economía que atraviesa por una fase de desarrollo tardío, en la que las actividades productivas denominadas como intelectuales han ocupado un espacio preponderante. El conocimiento no ha sido contemplado

como impulso crucial de la economía únicamente en los años recientes, aunque innumerables estudios relacionados con la era de las comunicaciones y las redes informáticas hayan puesto de manifiesto su relevante participación y su supuesta originalidad. Se conocen otras denotaciones como capital intelectual, capital humano e incluso patrimonio tecnológico, que han tenido en cuenta al conocimiento como fuente generadora de riqueza económica.

Lo que demarca, sin embargo, a los estudios más notables del capitalismo cognitivo de sus análogos anteriores, es el tratamiento suspicaz sobre las formas de subsunción y acumulación de dichos capitales, que revelan nuevas formas de dominación, enmarcadas en la clásica contradicción entre capital y trabajo. Además, algunos estudiosos del capitalismo cognitivo han puesto de manifiesto las limitaciones cuantificadoras para llevar a cabo la apropiación de capitales, la determinación de la propiedad intelectual y cualquier otro tratamiento del conocimiento, como si de una mercancía común se tratara.

La extensa obra de Marx es una profunda crítica a la economía política de su tiempo, convertida ahora en una tradición teórica que ha aportado elementos sustanciales a la valoración del avance de las fuerzas en el terreno del capitalismo. Conocimiento y trabajo se enlazan en sus escritos como actividades inmanentes de la creación humana y de la producción de la riqueza. La orientación neomarxista, sobre todo de la corriente italiana de los años setenta (Antonio Negri, Paolo Virno, Franco Berardi), ha rescatado documentos insuficientemente conocidos de la obra de Marx, para situar el debate actual acerca de la implicación del conocimiento en el desarrollo productivo y tecnológico. Uno de dichos textos es sin duda el fragmento dedicado a las máquinas, que, como ya se dijo, aparece en los *Grundrisse* (Marx, 2011).

En los *Grundrisse*, Marx reconoce tres elementos materiales constitutivos del proceso productivo: material del trabajo, medios de trabajo y trabajo vivo. Distingue de entre los tres al capital fijo como medio de trabajo, “que se consume en el proceso mismo de producción” (Marx, 2011, p. 216), y en su de-

finición prosigue: “en sentido estricto, sólo presta servicios dentro de la producción y para la producción, y no tiene ningún otro valor de uso” (Marx, 2011, p. 217). El medio de trabajo calificado como trabajo fijo (que deberá distinguirse del que él llama *capital circulante*, que es el capital que se mantiene en rotación constante) adquiere su forma más elemental en las máquinas productivas, y en relación a ellas señala:

“El medio de trabajo experimenta diversas metamorfosis la última de las cuales es la máquina o más bien un sistema automático de maquinaria (sistema de la maquinaria; lo automático no es sino la forma más plena y adecuada de la misma, y transforma por primera vez a la maquinaria en un sistema), puesto en movimiento por un autómeta, por fuerza motriz que se mueve a sí misma; este autómeta se compone de muchos órganos mecánicos e intelectuales, de tal modo que los obreros mismos sólo están determinados como miembros conscientes de tal sistema” (Marx, 2011, p. 218).

Dicho lo cual, los llamados órganos intelectuales que fabrican y conforman las máquinas, adquieren una importancia vital para el proceso de producción en general. En la sociedad actual, donde las máquinas han adquirido una elevada especialización y una penetrante participación en incalculables ámbitos de la vida, se advierte el inmenso valor del conocimiento y la información como insumos de desarrollo.

Incluso la máquina más elemental refleja una forma de evolución del intelecto humano, el cual ha transitado por varias etapas básicas de extensión de la fuerza viva. Las máquinas, bajo la forma de prótesis de la habilidad humana, pasaron de ser un simple instrumento manipulado por la mano, como es la cuchara o el martillo, a una compleja estructura de circuitos electrónicos integrados en un ordenador, capaces de realizar las operaciones matemáticas más complejas, de forma rápida y precisa. El resultado de esta evolución cada vez más acelerada ha superado otras formas primitivas de herramienta, pasando de las estructuras mecánicas-analógicas a las funciones digita-

les-virtuales. Unido a este proceso, el conocimiento del ser humano ha sufrido transformaciones importantes. Ningún invento o descubrimiento ha dejado de lado el papel de las funciones abstractas del intelecto; por el contrario, la vida humana se ha supeditado a las condiciones que su propio conocimiento y trabajo (objetivizado en máquinas) le devuelve, si bien, “dado que el trabajador está degradado a la condición de máquina, se le puede contraponer la máquina como competidor” (Marx, 2006, p. 52).

La actividad mental, considerada también como trabajo vivo es capturada por la estructura productiva para hacerla suya, en su beneficio. El trabajo manual, en este sentido, no tiene ninguna distinción en relación al trabajo mental, ya que ambos son puestos al servicio de la generación de la valorización del capital. En los seres humanos no existe la separación entre trabajo mental y trabajo manual debido a que ningún trabajo se efectúa independiente de la capacidad de abstracción porque “lo que distingue al peor arquitecto de la mejor abeja es que ha construido la celdilla en su cerebro antes de construirla en cera” (Marx, 2007, p. 242).

Por otra parte, la distinción entre mente y mano, o trabajo físico y trabajo intelectual, es una construcción dada por la evolución de la estructura de las formas económicas y no una segmentación consumada por la naturaleza. Frente a estas afirmaciones, podría decirse que la acumulación de la riqueza ha permanecido siempre condicionada por la actividad cognitiva, incluso que el conocimiento como forma de trabajo rivaliza con el propio trabajador hacia una conformación de seres ajenos al producto de su conocimiento/trabajo.

Ahora bien, al considerarse que el desarrollo del capital fijo (máquinas) revela el punto de avance del conocimiento de la sociedad a lo largo de la historia, puede comprenderse que las fuerzas totales producti-

vas de la humanidad se conviertan, desde la perspectiva marxiana, en *general intellect*. A ese cúmulo de conocimientos se le ha conferido un valor en términos parciales (precio de instrumentos tecnológicos, patentes, avances científicos, etc.); sin embargo, la incommensurabilidad de su cálculo en términos totales hace imposible otorgar un valor económico a cuanto ha sido producido. Las fuerzas productivas del sistema capitalista se apropian de él, lo cual es palpable en la vida cotidiana, ya que pocos son los avances científicos que quedan fuera del intercambio comercial y en provecho del avance de la ciencia en su conjunto.

Se trata de la apropiación de la actividad humana, bajo los términos de subsunción formal y subsunción real del trabajo en el capital. Abreviadamente, el modo de producción capitalista absorbe los conocimientos científicos en su provecho y así modifica su proceso productivo en términos formales. Del mismo modo, cuando dicho proceso aparece como una síntesis de la forma social de trabajo, incorporada ya en el proceso productivo, reaparece en términos reales. Ocurre entonces el denominado proceso de subsunción real del trabajo en el capital: “Tenemos que más y más funciones de la capacidad de trabajo se incluyen en el concepto inmediato de trabajo productivo, y sus agentes en el concepto de trabajadores productivos” (Marx, 2005, p. 28).

Según Carlo Vercellone¹ el traspaso de la economía industrial *fordista* a la economía del capitalismo cognitivo no está dada por el incremento en el uso y generación de tecnología, porque, tal como sostiene, el uso de las comunicaciones y la tecnología sin el conocimiento serían un recurso estéril. Por el contrario, afirma que lo que caracteriza a este nuevo enfoque es el retorno fortalecido de la dimensión cognitiva, que determina una aceleración en el proceso de escolarización y conformación de una inteligencia difusa.

¹ En entrevista realizada por Universidad Nómada. Adrià Rodríguez 2010. Enlace disponible en <http://vimeo.com/20942369>. Carlo Vercellone es profesor de la Universidad de París 1, Sorbona, y miembro del Laboratorio de Investigación Matisse-ISYS. Ha publicado y editado diversos libros sobre capitalismo cognitivo.

Por lo tanto, el conocimiento efectivamente valioso no sería sólo un cúmulo de datos o códigos que los dispositivos digitales ahora procesan, duplican y transfieren a grandes velocidades y bajo costos cada vez más reducidos, sino aquel conocimiento que revela una capacidad de comprender y domeñar las situaciones en un ambiente específico y que incita un positivo avance en la producción. Una vez más, se concede crédito a la premisa que advierte que el elemento productor de riqueza en la cadena productiva no es el capital o la naturaleza aislados, sino el trabajo humano, que en forma de inteligencia añade valor. Uno de los más destacados teóricos del capitalismo cognitivo, denominará metafóricamente a este rasgo como polinización, con el que trata de dar cuenta de “todos los elementos inmateriales: la confianza, la cooperación voluntaria, la movilización de los afectos que determina la capacidad cerebral y, sobre todo, el trabajo en red, la cooperación en red que adopta la forma de la contribución” (Moulier, 2012, p. 144).

Producción, trabajo, valor y propiedad del conocimiento y su manifestación en los entornos universitarios

El problema del valor en la llamada economía del conocimiento aún presenta puntos ciegos que no permiten reconocer un procedimiento fiable para su tasación. Sin embargo, por la forma en que se ha desarrollado el intento de contabilización de los saberes y la asignación de un precio comercial a las producciones científicas y culturales, parecería que este conflicto ha sido zanjado. El problema del valor no es privativo del conocimiento como actividad humana, sino del trabajo en su conjunto, que constituyó el fundamento de las teorías clásicas económicas.

Algunos de los puntos ciegos en la estimación del valor del conocimiento/trabajo son la incommensurabilidad y la abstracción: la incommensurabilidad como el carácter difuso e infinito del conocimiento que impide su cuantificación y la abstracción como invención social para equiparar

objetos disímiles. En cuanto a la abstracción, “una sociedad en la que el intercambio de las mercancías constituye el *nexus rerum* es un conjunto de relaciones puramente abstractas en las que todo lo concreto está en manos privadas” (Sohn-Rethel, 2001, p. 27). Puede reconocerse que el proceso mediante el cual se atribuye un valor, ya sea monetario-económico o bien afectivo-social, a los bienes de intercambio es de naturaleza abstracta (subjetiva) y no de origen natural objetivo. Esto, aunque en apariencia resulte obvio, es preciso acentuarlo a fin de dimensionar el problema de la cuantificación del trabajo intelectual.

El cálculo, como las matemáticas en general, son formas puramente subjetivas de organización del mundo natural e incluso del mundo social. El hecho de que se haya erigido como norma consensuada de comunicación o lazo social entre los seres humanos le dota de un lenguaje y poder especial para comprender todo cuanto se cruza a su paso. Las actividades del pensamiento como el ingenio o la creatividad terminan siendo abarcadas por el paradigma del cálculo al asignárseles un valor, como ocurre en la mayoría de las evaluaciones académicas, y si tal valor es indicativo para la determinación de algún incentivo económico en el caso de los docentes investigadores, entonces podría decirse que el ingenio o la creatividad también circulan por las mismas vías que el trabajo en tanto mercancía.

Bienes y servicios obedecen a ciertas fluctuaciones en su valoración comercial. Un mismo producto puede tener distintos precios según el país donde sea adquirido y según las fórmulas de cálculo matemático que le sean aplicadas. Un estudio sobre el valor del conocimiento en la sociedad de la información y las comunicaciones quedaría desprovisto de profundidad en su análisis, si no contemplara cuáles son las causas de dichas fluctuaciones.

Para la teoría económica moderna la respuesta a este interrogante sobre la determinación del valor se encuentra en el propio mecanismo del mercado y sus normas ya constituidas históricamente. Sin embargo, no es suficiente esta explicación, cuando es sabido que el mercado (intercambio) y sus

leyes han significado uno de los inventos más penetrantes en la vida humana, y establecido por los propios humanos, es decir, resultado de sus operaciones abstractas, pero que no lo eximen de ser impredecible, autorregulado, fortuito. Es importante reconocer que el valor de los productos, ya sean tangibles o intangibles, ni obedece a una estimación ajustada a criterios sólidos ni matemáticamente objetivos, mucho menos reales y acordes a sus características.

Un ejemplo de la abstracción en el intercambio es la capacidad que el individuo tiene de sopesar cantidades de naturaleza totalmente distinta, como pueden ser toneladas de papel por hectáreas de tierra. Estas disímiles comparaciones basan el sistema que regula el comercio actual. Y es que “el valor no lleva escrito en la frente lo que es. Más bien el valor transforma todo producto del trabajo en un jeroglífico social” (Marx, 2007, p. 105). De esta manera puede observarse que el principio de equivalencia en el que se apoya toda la producción capitalista es sin duda un principio de fraude, de medición de lo inconmensurable y de homogenización de lo plenamente heterogéneo. El valor del conocimiento en el actual avance económico es entonces un jeroglífico social.

El cálculo del trabajo intelectual, como pretende hacerlo la economía basada en los preceptos clásicos, se torna tanto más imposible cuanto lo es su visibilidad y tangibilidad. De la misma forma, se torna ilógico el ejercicio de algunas predisposiciones legales a controlar la actividad intelectual mediante candados cibernéticos o predisposiciones normativas para el uso de ciertas estructuras de producción, intercambio y consumo de bienes inmateriales.

La propiedad del conocimiento, así como la autoría del mismo, han comenzado a ser cuestionadas, debido principalmente al ya citado concepto de *general intellect*. Los individuos que participan en la conformación de sistemas informáticos o *software* se convierten en autores en el sentido de que mejoran el desempeño del sistema a partir de su uso y de las observaciones a los fallos que presentan. Los dispositivos electrónicos tienen la capacidad para guardar en su memoria digital los defectos encontrados

por los usuarios, a la vez que reconocen las posibilidades que en la práctica los propios individuos descubren novedosos en ellos. Por esta razón, consumidor, productor y propietario se ciernen en una comunidad indistinguible, que es la gran comunidad del conocimiento, asimilada también como parte integrante del *general intellect*.

Bajo esta tesitura entra en el debate la legitimidad, y más allá de la legitimidad, la posibilidad de existencia de la propiedad intelectual, por su propia naturaleza escurridiza. Los mecanismos modernos para regular el intercambio de ideas, producciones artísticas y culturales, intentan obturar aquellas interacciones que son fundamento mismo de la riqueza productiva. Es una empresa por demás colosal intentar restringir el acceso público al conocimiento, que de forma natural aparece a la humanidad como patrimonio colectivo.

Las formas de intercambio inmaterial como la convivencia misma, como el fundamento primario de lazo societal, son indomeñables, de la misma forma en que son imposibles su medida, propiedad y determinación de su autoría original. Se constata así que la adopción del conocimiento como mercancía es una operación poco menos que inabarcable.

En el capitalismo cognitivo existe en apariencia una idea de escasez del conocimiento o dicho en otras palabras, una idea de necesidad de información o de sociedades que deban encontrarse ampliamente informadas. Sin embargo, el conocimiento no es de la naturaleza de las mercancías materiales, que pueden reducirse hasta el punto de escasear. La idea introducida de una necesidad social de conocimiento viene determinada por el valor en que es cotizado en el mercado mundial de los intangibles. Una de las formas más visibles en el comercio del conocimiento está conformada por el grado de información y la cantidad en bases de datos que una economía puede generar. El comercio de las bases de datos también está a la orden del día. Pero no todos los datos están regulados por el mismo costo económico, algunos de ellos pueden ser muy elevados, ya que determinan el desarrollo productivo de ciertos sectores. Los códigos

fuentes son, en este sentido, el principal insumo para el avanzado desarrollo tanto de las comunicaciones, la informática y la farmacéutica como de ciertas especies naturales y/o agrícolas, cuyo código fuente es el genoma.

La perspectiva más visible de la concentración de la riqueza en función de la generación, aplicación y consumo de información en datos es la apropiación y acumulación que ciertas empresas hacen de los nuevos descubrimientos. Pero no es la única manera de observar qué ámbitos son más favorecidos en la economía del conocimiento, también puede observarse en las universidades, por ejemplo, en la cantidad anual de producción en investigación.

Los procesos de concentración y capitalización del conocimiento, ya sea por las instituciones educativas, ya sea por las empresas y laboratorios, no están exentos de complicaciones. Tomar el control de cuanto se produce en el ámbito de la información supone a corto o largo plazo un fracaso insalvable. Pese a ello se aprecia que la hegemonía del predominio de los servicios de corte intelectual y regulación de la propiedad siguen en pie, los denominados derechos de autor o *copyrights*.

Aun así, diseñar una operación lógicamente coherente de cálculo de la producción intelectual es irrealizable, incluso si fuera una práctica necesaria y deseable. Yann Moulier manifiesta en ese sentido:

“Si fuera absolutamente necesario pasar por el intercambio mercantil recurriendo al mecanismo de los precios, la sociedad se privaría de una de las fuentes esenciales de la productividad de los agentes económicos. La actividad gratuita incesante, continua, va mucho más allá de lo que la economía política tradicional –incluidas todas las escuelas– considera como el único trabajo que merece remuneración; es la principal fuente de valor” (Moulier et al. 2004, p.116).

El capitalismo se enfrenta en el curso de su propia evolución a una contradicción inherente: la necesidad de calcular y someter todo bien a un valor de cambio económico y la ausencia de parámetros factibles para realizarlo.

No obstante las complicaciones de medida y “mercancianización” que suponen los

activos intangibles, existe otro riesgo muy por encima de ellos y de graves consecuencias. Se trata de la uniformidad conceptual a la que pueden ser subordinados no sólo los conocimientos, sino también los propios individuos. La tecno-ciencia, como el resultado lógico del avance del conocimiento aplicado a las máquinas y convertido en insumo/mercancía, aumenta su poder a través de la subsunción de las capacidades humanas.

Los estudios sobre la economía centrada en el conocimiento han puesto de manifiesto la importancia de los activos inmateriales y la lógica de su funcionamiento dentro de la producción, sin embargo no han conseguido la fórmula para incentivar dichos conocimientos con el objetivo de generar mayor riqueza. Lo que se ha obtenido contradictoriamente son intentos infructuosos por lograr, en primer lugar, un incremento en la actividad científica productiva y, en segundo, la apropiación comercial de dicha actividad.

Podrá objetarse que existe un visible incremento de la actividad científica y académica, y de elevada calidad, la cual ha sido expropiada en términos mercantilizables por empresas que han obtenido elevadas ganancias económicas, o bien que han logrado una repercusión positiva en el desarrollo social. Lo cierto es que estos ejemplos son comparativamente inferiores al raudal de producciones llamadas intelectuales que no generan ningún tipo de beneficio social, institucional o empresarial.

Las universidades, en este marco económico, han propagado la idea de que en el plano científico y académico se realizan esfuerzos para incursionar en la sociedad del conocimiento, promoviendo publicaciones, proyectos y cursos diversos. Lo que quizás en estas instituciones y en sus discursos no se ha podido inferir es que el conocimiento generador de valor no es aquél que pueda ser planificado, promovido o controlado institucionalmente. El conocimiento como elemento inmaterial implicado en la producción es difuso y, por lo tanto, no puede existir una maquinaria planificada que detone el ingenio, la creatividad o la resolución de problemas; de la misma forma que las

producciones sobresalientes por su genialidad no han sido en el mayor de los casos producto de la intención o voluntad científica institucional.

Las universidades cuentan para competir en el mercado mundial de la investigación y el desarrollo científico con sus activos intangibles. El conocimiento, la disposición y las actividades de docencia e investigación que desarrollan tanto los profesores como los alumnos de los centros universitarios, son pieza clave de su nivel de acreditación en los estándares mundiales; de ahí que hayan adquirido tanta importancia en el terreno económico actual.

Las formas en que las universidades disponen del trabajo inmaterial de sus participantes sostiene una relación estrecha con las formas en que la economía en general comercializa los capitales:

“Esta tendencia nos permite poner en perspectiva nuevas prácticas de las universidades como la venta de productos y servicios con fines de autofinanciamiento, o comportamientos que funcionan en espacios diseñados como si fueran mercados, como la competencia institucional por fondos escasos bajo concurso, o la competencia de los investigadores por financiamientos para sus proyectos o para acrecentar sus remuneraciones extraordinarias mediante programas de pago por mérito” (Ibarra, 2003, pp. 1059-1060).

La educación superior ha comenzado a experimentar cambios, paralelos a los cambios generados en el capitalismo global, que la obligan a realizar reestructuraciones no sólo en las formas de financiamiento y administración, sino en algunos otros más profundos relativos a la estructura de gobierno, el marco curricular, la reconfiguración de las funciones que debe desempeñar el personal docente y las formas didácticas de evaluación. A ello se suma en consecuencia un cambio concerniente a los objetivos institucionales y al diseño y consolidación de modelos de egreso, establecidos en el perfil de egreso e ingreso de los estudiantes.

Lo expuesto conduce a suponer que la autonomía universitaria se deteriora en función de la dependencia de las leyes del mercado internacional del conocimiento. Incluso la propia producción científica en las instituciones está mediada por la economía global en la medida en que la motivación,

el desarrollo y los resultados de las investigaciones puedan incrustarse en la valoración estandarizada. Los estudios que no tienen cabida en la nueva configuración de la investigación científica son abandonados en su mayoría por los académicos e investigadores, que no ven en ellos posibilidades de desarrollo profesional o de promoción laboral. Se produce entonces un efecto de sobreproducción académica, es decir, un incremento en la elaboración de publicaciones, proyectos e investigaciones que sean acordes a los criterios mejor puntuados de las evaluaciones en vigor. Las normativas para dichas evaluaciones en algunos casos sacrifican la producción libre y crítica del trabajo docente en aras de alcanzar las más altas puntuaciones.

La transformación reciente de las universidades en sus criterios de valoración se aproxima a la simulación, o bien, como diría J.C. Bermejo (2009), a las universidades del “como si”. Este autor expone el declive de los modelos universitarios europeos de los siglos XIX y XX y aborda el deterioro que esto ha traído consigo: “En este nuevo sistema de evaluación del conocimiento –en el que la propia evaluación pretende constituirse como ciencia– los investigadores y los profesores sólo intentan conseguir aquello que puede ser medible y que les puede ser académicamente rentable” (Bermejo, 2009, p. 13). Jaques-Alain Miller y Jean-Claude Milner critican el uso y abuso de la evaluación como derivación de un hiperparadigma de la equivalencia con pretensiones de ciencia y sostienen:

“Se mide, se contrasta se cifra, se compara, etc., se piensa que es científico. Sin embargo no es nada científico y los mejores evaluadores, los más inteligentes, los que piensan el problema, saben perfectamente que no se trata de una ciencia. No porque haya cálculo hay ciencia” (Miller y Milner, 2004, p. 31).

Es importante reflexionar acerca de la forma en que el conocimiento general de las instituciones se ve afectado por la subsumición general de capacidades que implica el capitalismo cognitivo. La libertad de elección de carrera o de investigaciones queda condicionada a las necesidades propias del desarrollo industrial y empresarial.

Para el caso específico de algunas regiones industriales en México, la realidad de esa subsunción se esclarece al observar que los conocimientos generados en las universidades toman valor en la medida en que se insertan en los parques industriales de forma directa o indirecta. El conocimiento, por otra parte, que se escapa a esta valoración porque no está destinado a una salida laboral rentable es el que corresponde a las áreas de filosofía y artes, en cuyos casos su aplicación empresarial es ambigua. En su lugar, otro tipo de carreras emergentes ocupan espacios primordiales en los entornos industriales como son los desarrolladores y diseñadores *web*, promotores de ventas, personal capacitado para la selección de recursos humanos, etc. No todos los estudios humanísticos han sido demeritados de las instituciones, sino sólo aquellos que no logran demostrar una adaptación a los entornos de capitalización del conocimiento.

Nuestra crítica pretende enfatizar aquí, en relación con el desarrollo de las políticas de la educación superior centradas en el conocimiento, que el valor del mismo no debiera estar sujeto a su capacidad para ser rentable, que el conocimiento no puede resumirse a una actividad lucrativa, y que la función que puede desempeñar en el plano social trasciende cualquier beneficio económico. No obstante, el tratamiento que se le ha dado en los ámbitos académicos y científicos parece estar regulado únicamente por su rendimiento.

El punto de análisis nodal, en consecuencia, es hacia dónde se conducen las universidades en la competencia internacional por la producción cognitiva o inmaterial, a qué intereses corresponden sus nuevas modalidades de producción científica, y cómo se traducen al interior en términos formativos: "En suma lo que está en juego es el control, apropiación y distribución del conocimiento, activo fundamental para tener éxito en el tablero de la competencia global" (Ibarra, 2003, p. 1061).

El valor que las universidades son capaces de producir en términos económicos, ahora es pieza clave para la financiación científica y tecnológica. El reto para muchas de ellas es saber traducir el capital inmaterial a términos perfectamente verificables, cuantificables. La tendencia prevaleciente se encamina a exigir a su personal docente mayores registros sobre la actividad académica, tutorial e investigativa, y es parte de la valoración que ahora se emprende con vistas a competir en los *rankings* mundiales. Como es sabido, la investigación que no llega a registrarse en forma de patente, publicación o cualquier otro formato de validación, deja de existir en el panorama acreditativo. No sólo los aportes científicos ocupan un espacio primordial en la esfera valorativa, sino también todas aquellas credenciales de los individuos como titulaciones y reconocimientos que conforman su carta de presentación, es decir, su currículum.

Las certificaciones con la connotación de calidad que se otorgan a las instituciones y a las carreras universitarias están a su vez mediadas por agencias externas² que suponen mayor validez y confiabilidad a los registros evaluativos. A raíz de dichas valoraciones, los centros se han visto presionados para alcanzar los estándares de exigencia que dichas agencias les solicitan. Todas las evidencias se exigen plasmadas en registros verificables, a fin de que los evaluadores obtengan la información de forma clara, ordenada y precisa. El empeño por remitir toda la información a un concepto palpable despersonaliza el trabajo que ahí se vierte. Reduce la comprensión del desarrollo real e integral que tuvo lugar en cada actividad a una mera constatación impresa; y provoca, en consecuencia, que se esgrima una mayor preocupación por el dato que por lo que sucede en el plano pedagógico e intelectual de la vida universitaria.

Bajo este esquema de dependencia de la tasación del conocimiento en el mercado mundial y de competitividad selectiva en-

² Dos de las principales agencias nacionales de evaluación de las instituciones de educación superior en México son los Comités Interinstitucionales para la Evaluación de la Educación Superior (CIEES) y la Comisión Nacional de Evaluación de la Educación Superior (CONAEVA).

tre instituciones las universidades terminan posicionándose de distinto modo, según su adaptación a las exigencias ya mencionadas.

El control de los intangibles, como se ha visto anteriormente, está determinado por una ficción valorativa. Las modalidades de desarrollo evaluativo o valorativo de los capitales cognitivos sostiene estrechas relaciones con los nuevos modos mediante los que se solicita a docentes y alumnos verificar y registrar tanto lo aprendido como lo impartido en clase. Incluso en la teoría administrativa se sugiere que debe tenerse control preciso sobre los activos intangibles, para poder calcular de mejor manera los ámbitos que requieren más desarrollo y potenciar aquellos que se encuentran más avanzados. Aunque en apariencia son nociones básicas que toda empresa o institución debe poseer, lo que es distinguible en la actualidad es la acentuada especialización de los procedimientos de supervisión. Y ello comporta una apropiación y aprendizaje tanto de los agentes de creación de conocimiento como de los consumidores (Galcerán, 2007, p. 88).

Entre los intangibles que serían susceptibles a tener en cuenta en el capitalismo cognitivo para su posterior comercialización se encontrarían: a) los conocimientos que pueden ser objeto de patente; b) los conocimientos cotidianos necesarios para el desempeño de tareas y transferencia, como puede ser el trabajo relacional o de equipo, los modos de comunicación, la resolución de conflictos; y c) los conocimientos que por su relevancia adquieren cierto prestigio a nivel internacional como los títulos *honoris causa*, premios Nobel, etc.

Para que los conocimientos puedan ser puestos en circulación como mercancías es preciso que adquieran la forma primaria del dato. La tendencia, por lo tanto, es convertir toda idea o pensamiento, incluso actitudes, valores en su forma de registro básica.

Uno de los principales problemas a los que se enfrenta la comunidad académica con las nuevas formas de evaluación basada en competencias es la capacidad de dilucidar en el estudiantado el nivel de adquisición de los conocimientos propuestos por el plan de estudios, y mucho más complicado aún dilucidar no sólo conoci-

mientos sino actitudes, valores, destrezas, competencias en general. Y más allá de verificarlos en la persona del estudiante, una nueva complicación adviene, que es la de tomar registro de todo ello. Pues bien, la continua observación y registro, a lo que se han remitido las nuevas formas didácticas en el nivel superior, requiere de cierto tiempo como elemento fundamental para realizarse de manera eficiente. Tiempo que en el pasado no estaba condicionado a tales pormenorizaciones.

Es importante señalar que la tendencia de las instituciones de nivel superior a capturar más capacidades humanas ha sido advertida por numerosos autores de forma no muy favorable. Se teme que las actitudes relacionales tanto de estudio como las laborales, que se han mantenido fuera del intercambio comercial, comiencen a regularse en términos cuantitativos y posteriormente en términos económicos.

La educación superior se enfrenta, por lo tanto, al dilema de visibilizar, contabilizar, capturar y valorar (en términos económicos) su capital intelectual o bien al de sustraerse de dichas medidas cuantificadoras, decisión que no es ajena a presiones comerciales y políticas.

La banalización del conocimiento como síntoma frente al entusiasmo lucrativo universitario

La economía política es un campo de luces y sombras, un campo ideologizado en el que lo que sale a flote son los discursos, mientras que lo oculto se manifiesta como lo real, pero que tiene el carácter de sobrepasar e imponerse al discurso. Este fallo en la enunciación, esta incompatibilidad entre significado y significante ha sido visto como *síntoma, en tanto que el enunciado no contiene a lo enunciado* y se produce así un cortocircuito semántico. Lo real y el saber no se encuentran nunca, puesto que la razón contiene una falta, es decir, un equívoco inmanente. No por nada Lacan autorizó a Marx como el inventor del síntoma, al descubrir la disrupción entre saber y verdad, el saber del capitalista frente a la verdad mani-

festada en el ejercicio dialéctico permanente de negación de la negación, de la lucha de contrarios.

El síntoma se emparenta con la fetichización en tanto que esta última oculta lo real de las relaciones sociales de producción y se muestra como valor sustitutivo, como cara signo, como una solución de compromiso, como inexistencia de verdad. Así describió Lacan este desfase descubierto por Marx: "Lo indiqué varias veces, y es muy fácil localizarlo en la lectura: el responsable de la noción de síntoma es Marx. La dimensión del semblante la introduce el engaño fundamental denunciado como tal por la subversión marxista en la teoría del conocimiento" (Lacan, 2009, p. 152).

Es curioso que en la actualidad las instituciones educativas de nivel superior como portadoras de discursos fomenten y ajusten obstinadamente el incremento de producciones científicas y académicas mediante incentivos económicos al perfil deseable del docente, y que contradictoriamente lo que se obtenga sea, en no pocos casos, una progresiva disminución de su calidad.

Los propios docentes universitarios han hecho alarde de la suma de sus publicaciones anuales, jactándose de la importancia de las mismas y justificando su trabajo por el cumplimiento obediente a los criterios evaluativos institucionales cuando, en realidad, muchas de esas publicaciones terminan formando parte de un archivo que nadie consultará.

Las condiciones actuales en las que opera el conocimiento como elemento fundamental de la nueva economía, y su trascendencia en los entornos institucionales universitarios, ponen de manifiesto que más que centros del conocimiento son centros de inversión. Se apuesta por un entorno de desarrollo productivo que simultáneamente niega lo real subyacente al discurso. Debe invertirse tanto en el trabajo vivo (aquel que se realiza durante el proceso de producción y que está implicado en los trabajadores) como en el trabajo muerto (aquel que ya fue realizado y está incorporado en las máquinas). La inversión en el trabajo vivo implica que se destine una gran parte del presupuesto a la formación

de individuos capaces de competir en el mercado laboral, que generen conocimientos y patentes que puedan ser comercializables, mientras que invertir en trabajo muerto significa apropiarse de la tecnología más avanzada y producir a partir de ella nuevos conocimientos.

Muchas instituciones siguen la tesisura de capitalizar las aptitudes y destrezas humanas hacia un ideal de progreso (se comprenden aquí actitudes, aptitudes, valores e información como parte de los capitales cognitivos). Sin embargo, estas tendencias son difícilmente compatibles con los planteamientos críticos que abordan las contradicciones entre capital, trabajo y fetichización de la mercancía. Las tendencias dominantes de la era de la información y las comunicaciones admiten que para procurar un mayor crecimiento económico es preciso producir mayores conocimientos que puedan traducirse en mercancías lucrativas. Esta visión ignora que la mayor producción de capitales inmateriales no derivará de forma automática en mayor riqueza, sino sólo aquellos capitales que sean realmente rentables en un marco comercial global. La producción "en masa", y podría decirse casi "en serie" de conocimientos en los entornos universitarios, lejos de provocar un mayor crecimiento económico o un mejor modo de vida para los ciudadanos, ha provocado una ingente producción de nociones estériles registradas en innumerables formatos evaluativos. Siguen siendo muy pocos los conocimientos que adquieren un valor socialmente trascendente e incluso comercialmente rentable. Esto puede comprenderse a través del análisis de la evolución de una economía basada en el valor de uso hacia una economía basada en el valor de cambio de los capitales cognitivos.

Por ello las tendencias económicas hegemónicas asumen que una mayor producción de mercancías dentro de la dimensión de los intangibles podrá derivar en una mayor riqueza. Esta tendencia puede apreciarse en los espacios educativos y no solamente en los universitarios, al procurar una formación basada en las nuevas tecnologías y la confianza depositada en ellas para el crecimiento y desarrollo económico.

Un planteamiento crítico, por el contrario, debe cuestionar las consecuencias producidas por una economía de este tipo, que somete a los individuos a procesos de producción con la intermediación de la valoración comercial y no sólo por la valoración de su aprovechamiento social o intelectual. La aceleración de los ritmos de trabajo se acompaña con una laxitud y estandarización de las evaluaciones.

La relación conflictiva implícita en los nuevos modos de producción económica basada en el conocimiento radica en la contradicción entre capital y trabajo, o bien entre capital y sujeto, derivado del paso de la subsunción formal a la subsunción real del trabajo en el capital. La bioeconomía (Fumagalli, 2010) es en este sentido una forma de explicar que las disposiciones vitales de los trabajadores están siendo absorbidas de forma creciente en beneficio del capital, ya no únicamente en su tiempo y espacio de trabajo estipulado contractualmente, sino además en el tiempo extra en el que el trabajador continúa con la actividad intelectual. Más aspectos, como las aptitudes, valores, actitudes e incluso los afectos, son puestos en función de la maquinaria de producción. Los académicos deben invertir una mayor parte de su tiempo libre en las actividades de diseño, producción y elaboración científica para alcanzar los niveles de evaluación institucional.

El tiempo socialmente necesario para la producción de conocimiento concretado en libros, patentes, prototipos, proyectos, *software* o clases se reduce y simultáneamente la saturación de dichos conocimientos devenidos como mercancía aumenta en el mercado académico global.

El problema de la sobreproducción de credenciales académicas es que paralelamente desvaloriza el trabajo implicado en ello, lo cual es consecuencia precisamente del avance de las fuerzas productivas que son regidas por ritmos ajenos a los individuos, ajustados a cánones de los mercados financieros. La insistencia en las universidades por cumplir cada vez con un mayor número de publicaciones, está condicionando a su personal académico a prestar mayor atención a los criterios de valoración de su actividad intelectual que al desarrollo efectivo de la misma.

La contraposición entre capital y sujeto está precedida por la desvalorización de las actividades intelectuales ante la abrumadora profusión de créditos y credenciales académicas, donde el valor está determinado por la implacable pauta de mayor producción bajo el menor costo. Se genera entonces una dinámica competitiva entre las instituciones y los sujetos, quienes suponen (al menos a corto plazo) que los modos en que crean material cognitivo les reportarán mayores ingresos salariales. No se equivocan puesto que en la actualidad se evalúan las evidencias que dan constancia del trabajo realizado y no precisamente de la calidad del mismo.

Algunas tendencias teóricas han puesto de manifiesto que el futuro de las universidades se encuentra en la búsqueda de una mayor producción académica, pero es preciso puntualizar que la eficiencia que se pretende a partir de la mercantilización de los saberes no redundará en mayor producción de sabiduría, sino por el contrario en volver el conocimiento un capital de cambio y no de uso, convertirlo en una mercancía con valor ficticio.

El fundamento en las formas de gestión del conocimiento universitario se apoya en la cuantificación, la practicidad, el registro y la productividad. Los estudiantes están comprometidos con la lógica de calidad institucional que es trazada por las agencias externas evaluativas. Ellos responden con la elaboración de producciones académicas desprendidas de sus intereses intelectuales con el objetivo de aprobar asignaturas y obtener las titulaciones correspondientes.

Los centros de producción de ciencia y tecnología, tanto universidades como laboratorios, etc., deben apostar por el manejo eficaz del tiempo, que exige cada vez más un ajuste a parámetros reducidos. Para poder desarrollar estas actividades en los límites temporales propuestos, deben dividirse las operaciones en especializaciones pormenorizadas. En términos generales, podría decirse que se asiste a un particularizado campo de aplicaciones técnicas y científicas que han reconfigurado la división del trabajo. Las transformaciones cualitativas del mismo repercuten en el surgimiento progre-

sivo de universidades y carreras enfocadas a actividades relacionadas con la información, como puede ser la carrera de abogacía en tecnologías de las comunicaciones y la información.

Las universidades deben garantizar mediante las normas de propiedad intelectual que aquellos avances o conocimientos que se crean dentro de su contexto les retribuyan una ganancia económica. La universidad intenta evitar en este sentido que los estudiantes destacados en la generación de conocimiento emigren a otros países o actúen por cuenta propia en la gestión de sus capitales cognitivos. Pero es preciso reconocer que, al igual que la universidad se empeña en generar y comercializar los conocimientos producidos en su entorno, está provocando paradójicamente un estancamiento del curso natural de la generación del mismo.

Esta es la contradicción que hace pensar que las instituciones no sólo erigen un discurso engañoso (síntoma) para quienes participan de él, sino también para sí mismas. El síntoma entonces aparece como una formación complaciente, que dota de sentido a lo que se hace, que lo justifica, mientras que oculta lo real que lo desborda.

El descubrimiento de la plusvalía es, en palabras de Pierre Bruno (2011) el descubrimiento del síntoma, en tanto que encubre una verdad de explotación, mientras que el capitalista no quiere saber nada de ella. Trasladando esta lógica al funcionamiento actual de las universidades, podría decirse que las instituciones avalan su producción a través de certificaciones, cuya cara signo es el supuesto saber y por el cual reciben beneficios económicos, pero nada quiere saberse sobre la banalidad del conocimiento y las relaciones intrínsecas a su producción.

En conclusión

El capitalismo cognitivo descansa sobre dos ideas a destacar: primero, que el conocimiento como trabajo es el principal gene-

rador de riqueza, y segundo, que, por ser este un elemento difícilmente controlable y manipulable, las categorías teóricas de la economía clásica han sido puestas en entredicho. Producción, trabajo, valor y propiedad, adquieren nuevas dimensiones cuando de conocimiento, información o intelecto se habla. La volatilidad y ubicuidad de estos elementos, así como su carácter difuso y colectivo fueron características reconocidas y problematizadas por Marx bajo la noción de *general intellect*.

En los entornos universitarios reconsiderar el trabajo y la producción centrados en el conocimiento ha implicado tomar medidas institucionales para identificar y captar mejor los capitales intelectuales y así competir por financiamiento o por un buen puesto en los *rankings* internacionales. Entre las medidas que se han adoptado se encuentran: la especialización en las evaluaciones docentes, el registro de patentes y la incentivación a la actividad científica. Sin embargo, no son pocos los problemas a los que se enfrenta cada centro universitario al intentar subsumir el conocimiento y capitalizarlo. Uno de ellos es la necesidad de incrementar el trabajo desarrollado por docentes e investigadores, sin demeritar la calidad del mismo; otro, la búsqueda de medios legales, digitales o materiales que permitan la efectiva apropiación del conocimiento como un bien privado; y, por último, responder, adecuando normativas, currículum y políticas educativas, a las demandas del mercado mundial, a fin de mantenerse en la contienda internacional, aun y cuando esto signifique en cierto grado renunciar a la autonomía universitaria.

Las instituciones deberán definir en lo sucesivo las directrices políticas que regirán su actuar en relación a los problemas planteados y a muchos más, que se deriven de la situación económica actual. Estas decisiones impactarán en las formas de entender y generar nuevos estudios científicos en la determinación de los métodos, en la asignación de recursos y en la elección de objetos de estudio.

REFERENCIAS

- BERMEJO, J.C. (2009). *La fábrica de la ignorancia. La universidad del «como si»*. Madrid: Akal.
- BERMEJO, J.C. (2015). *La tentación del rey Midas. Para una economía política del conocimiento*. Madrid: Siglo XXI.
- BRUNO, P. (2011). *Lacan pasador de Marx. La invención del síntoma*. Barcelona: S&P Ediciones.
- CORRAL SOTO, S. (2015). *El capitalismo académico: gestión del conocimiento y perfil de egreso en la Universidad Autónoma de Ciudad Juárez*. Tesis doctoral inédita. Universidad de Salamanca.
- FUMAGALLI, A. (2010). *Bioeconomía y capitalismo cognitivo. Hacia un nuevo paradigma de acumulación*. Madrid: Traficantes de Sueños.
- GALCERÁN, M. (2007). Reflexiones sobre la reforma de la Universidad en el capitalismo cognitivo. *Nómadas*, 27, 86-97.
- IBARRA, E. (2003). Reseña de "Academic Capitalism" de Sheila Slaughter y Larry Leslie *Educação & Sociedade*, 24 (84), 1059-1067.
- LACAN, J. (2009). *Seminario 18. De un discurso que no fuera del semblante*. Buenos Aires: Paidós.
- MARX, K. (2005). *La tecnología del capital. Subsumición formal y subsumición real del proceso de trabajo al proceso de valorización (Extractos del manuscrito 1861-1863)*. México: Ítaca.
- MARX, K. (2006). *Manuscritos económico-filosóficos de 1844*. Buenos Aires: Ediciones Colihue.
- MARX, K. (2007). *El capital. Crítica de la economía política*. Libro I, Tomo I. Madrid: Akal.
- MARX, K. (2011). *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (Grundrisse) 1857-1858*. Volumen 2. México: Siglo XXI Editores.
- MILLER, J.; MILNER, J. (2004). *¿Desea usted ser evaluado?* Málaga: Miguel Gómez Ediciones.
- MOULIER, Y. (2012). *La abeja y el economista*. Madrid: Traficantes de Sueños.
- MOULIER, Y.; CORSANI, A.; LAZZARATO, M.; BLONDEAU, O.; DYER, N.; KYROU, A.; RULLANI, E. (2004). *Capitalismo cognitivo. Propiedad intelectual y creación colectiva*. Madrid: Traficantes de Sueños.
- SOHN-RETHEL, A. (2001). *Trabajo intelectual y trabajo manual. Crítica de la epistemología*. Barcelona: El Viejo Topo.